



MEMORIAS LIBERTINAS DE LA BELLA ENCARNA

(XXXII)

Horas antes de desembarcar en Buenos Aires, me despedí de mi hombretón, ahora ya limpio, esplendoroso y ratificado hasta el punto de lucir día y noche una dentadura blanca en el fondo de su sonrisa de satisfacción.

—Ahora caigo. No sé su nombre.

—Cortázar, Julio Cortázar, para servirle.

—¿Y usted qué es?

—Novelista. Soy novelista argentino. Vivo en París desde mil ochocientos noventa y ocho.

—¿Desde pequeño?

—No. Desde que acabé la «mili».

—Pero, ¿qué edad tiene usted?

—Sesenta años. Es que estoy muy bien conservado. Adapto mi método de fabulación narrativa a mi vida y he conseguido quedarme en el aspecto físico de los veinticinco años.

—¿Y cuánto le durará a usted esta bicoca?

—Todo el tiempo que yo quiera, hasta que consiga el ideal de mi ambición.

—¿Y cuál es el ideal de su ambición?

—Conseguir que la literatura latinoamericana sea reconocida en el mundo entero. Yo le profetizo que algún día vendrá al mundo un colombiano, un peruano y un mejicano

que conmigo formarán los tres mosqueteros del «boom» literario latinoamericano.

Los tiempos le han dado la razón. Hoy, comienzos de 1973, leo en «Le Nouvel Observateur» que Julio Cortázar ha declarado que el «boom» latinoamericano está vivo y coleando. Yo le calculo a Julio unos ciento diez años y sigue teniendo pinta de chaval, aún más que antes, tan afeitado siempre y adelgazado por los años.

Pero así como la edad de Cortázar fue una sorpresa, no fue la última. Con las prisas del desembarco no respeté la clausura de Carlos Gardel en su camarote y me metí en él para que se diera prisa. Sorprendí a Carlitos en unos ajustados calzoncillos y en pleno acto de afeitado.

—¡Carlitos!

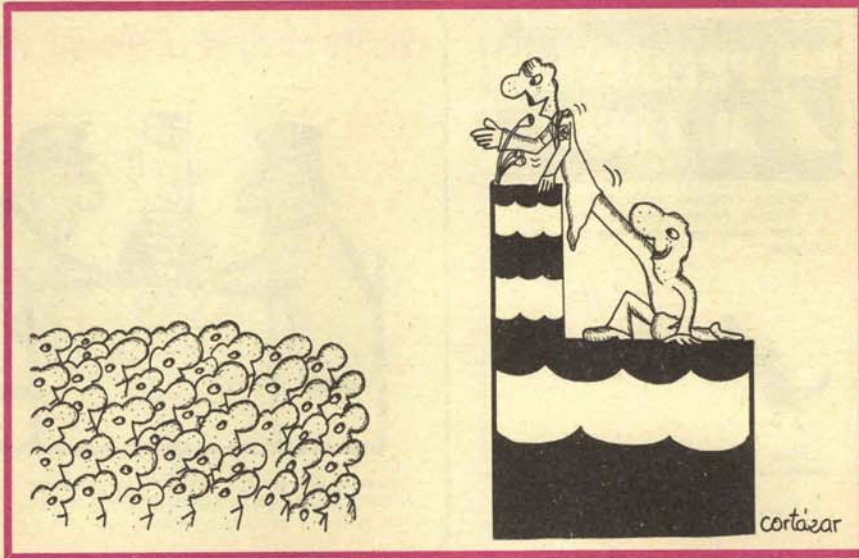
Noté su rubor a pesar de la blanca espuma del afeitado.

—¡Pero tú no eres un niño!

—No, Encarna. Soy un mozo de veinticinco años, pero me disfrazo de niño para sortear mejor los escollos de la vida.

La Providencia. Me oculta un hombre durante una larga travesía y me lo muestra al comienzo de una nueva aventura. Y es que no hay mal que por bien no venga, como decía Zarathustra.

(Continuará)



Ha sido muy bien acogido en los medios creadores el lanzamiento comercial del famoso Censurador Individual Portátil. Se adapta fácilmente a la mente y no puede ser observado desde el exterior. ¡Instálase uno inmediatamente! ¡Disminuya sus quebraderos de cabeza!

LA AUTOCENSURA

La autocensura, como su propio nombre indica, es una camisa de fuerza al portador que la madre del artista le teje a su hijo nada más nacer, por si el hijo en cuestión está dotado de gérmenes congénitos tan nocivos como son el pensamiento y la imaginación. Por fuera, la autocensura tiene el mismo aspecto que la sombra de uno, con la pequeña salvedad de que el tejido usado en la confección de la prenda

es de un material más resistente que el hierro y con un dibujo muy gracioso e ingenio, pues recuerda a los barrotes tras los cuales se suele privar de libertad a los pecadores. Por dentro, la autocensura está forrada de agria leche merengada, que es la que destila el alma del artista en sus reencuentros con su libre albedrío, al entrar éste en colisión, por supuesto, con la cristiana conciencia, tan reprimida y gozosa. Vamos, que la autocensura viene a ser como la coquilla que usan los jugadores de hockey para proteger sus atributos de la carambola u otros golpes desafortunados y contundentes; pero en el caso del artista, en vez de recubrir meramente dichas partes vulnerables, recubre por entero el organismo del usuario preservándolo de las agresivas tentaciones ideológico-imaginativas. Por eso resulta tan útil y eficaz, ya que al no permitir pensar ni expresar lo que se piensa produce la frustración del poeta, el pintor, el músico o lo que sea el creador, que es de lo que se trata.

Normalmente, la autocensura no reviste inconvenientes, pero, claro, como toda buena medicina, no es perfecta, ocasionando minúsculas molestias, como son la fuga de cerebros y la castración de talentos, que, la verdad ante todo, no tiene mayor importancia, pues los unos y los otros casi siempre son rojos o simples locos, que con nada contribuirían a solidificar nuestro impenitente entramado cultural. Prueba de esto es que muchos de ellos, muchos de los que andan por ahí, tan sólo han alcanzado el título de genios universales. Y eso es una tontería. Y si no, que se lo pregunten a los artistas de aquí, que no necesitan de la autocensura para demostrar su valía. Me estoy refiriendo, se entiende, a los integrados, que, aunque escriben, pintan y componen como para echarse a llorar, ahí están, barnizados de premios oficiales, académicos incluso, condecorados hasta en el bigote y cantando eso de:

«Estoy alegre y contento, tengo pelos en el culo, cada noche me los cuento y no me falta ninguno.»

EL TAMPAS

